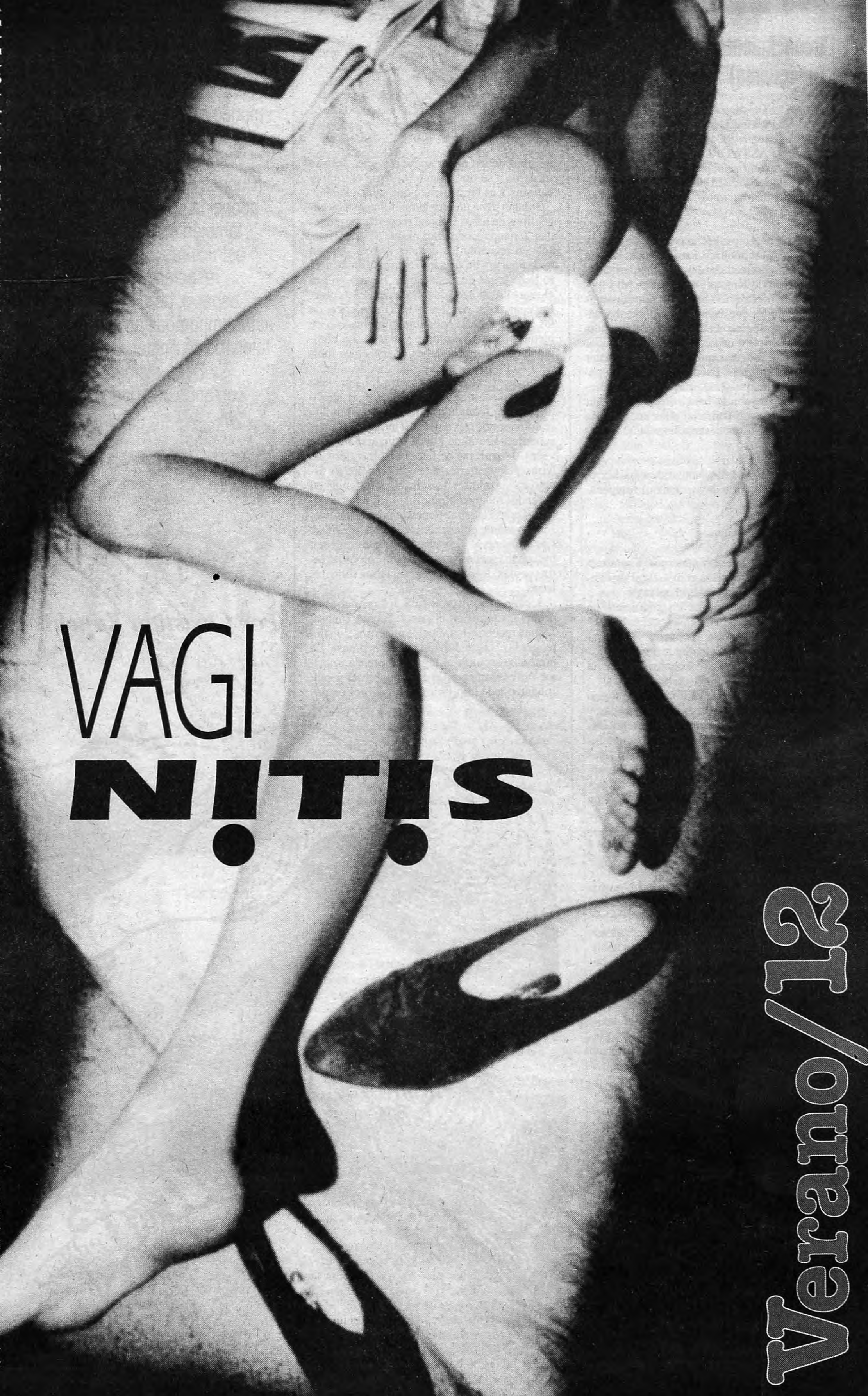


(Por Guillermo Saccomanno) A las nueve y cuarto entró a la agencia, cruzó el pasillo del departamento creativo, abrió la puerta de su box, atravesó el caos de pasteles, pomos, marcadores y bocetos y llegó hasta la tarima del Sony. Tocó un botón. Y la música de Mahler. Después, con euforia, tarareó la sinfonía queriendo olvidar la resaca. Buscó el libro de Villon. Anoche había quedado abierto, boca abajo, junto a una botella de vodka vacía. No se acordaba demasiado de anoche. Y ahora era demasiado temprano para abocarse a esa ilustración de alimento para perros. Se puso a mirar por la ventana del tercer piso: gris, postigos, palomas, cariátides, la resolana del verano. Una vieja, en un balcón, sacudía una alfombra marrón deshilachada. Además de resaca, tenía un temblor en las manos. Con un lápiz empezó a garabatear en el block. Dibujó primero un patíbulo, demorándose en el trazado de la cuerda. El ahorcado era él mismo, su autorretrato: un cuarentón de barba desprolija con los ojos en blanco, totalmente desnudo. Se dibujó con la botella vacía y la última erección. Al dibujo le faltaba algo. Entonces montó sobre el patíbulo a la muerte, igual a la vieja que sacudía la alfombra pero sacudiendo ahora una botella de vodka. Se quedó taciturno, contemplando el dibujo. Reflejaba el espíritu de la balada de Villon: "Sabrá mi cuello lo que mi culo pesa".

El ejecutivo apareció en la puerta. A su alrededor se respiraba Kenzo. *La ilustración para el folleto, Maestro*, le dijo. *Si no la llevamos al cliente a las once perdemos la cuenta*. Y la mano bronceada y pulcra del ejecutivo le entregó el sobre de trabajo a la mano tosca y sucia de carbonilla.

Después, el Maestro se agachó sobre el tablero. El titular del folleto decía: *Informe sobre vaginitis*. Tenía que dibujar flores y arbustos naïf en los márgenes de cada hoja. El folleto resumía ventajas de una nueva marca de tampones. El Maestro giró sobre sí mismo y hurgó los casetes y dio con uno de Rameau en clavecín. Era el tipo de música que merecía el folleto. La música llenó el box.

El ejecutivo, sin moverse de al lado del tablero, observando cómo se multiplicaban las flores de colores pálidos en los márgenes del folleto, le dijo: *Me gusta la música. Todo el arte me gusta. Porque aunque haya estudiado marketing, tengo mi sensibilidad, Maestro. Pero si no me dediqué al arte es porque hay mucha injusticia. Mire cómo terminan todos los artistas: sordos como Beethoven, sin una oreja como Van Gogh, ciegos como Borges. Mucha incomprensión hay. Poque nadie los ayuda a moverse en el mercado. Pero no quiero darle lata, no quiero distraerlo del folleto. Una maravilla esas flores, eh. Matan. ¿Sabe una cosa, Maestro? Usted precisa un aerógrafo. Y jugarse al arte hiper. Con su talento y un aerógrafo sabe el tiempo que ganaría. Time es money.*

Mientras, el pincel, sinuoso, se desplaza ahora sobre los pétalos de una orquídea, dejando detrás de sí una lamida violeta, purpúrea. Después, el Maestro sopla la acuarela y da por terminado el trabajo. Satisfecho, el ejecutivo sonríe: *La publicidad también tiene su corazoncito estético, ¿verdad, Maestro? Y, además, se puede robar. Si yo tuviera entre mis manos el curro de la ilustración no me gastaría tanto como me gasto todos los días exponiendo la jeta a los bifes de los clientes.*

MAR DEL PLATA
JUGUEMOS LIMPI
REVELANDO SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
PLANTE UN ARBOL CON IDEA
Esta campaña está basada en un trabajo conjunto entre la actividad oficial (Sub. de la Juventud, Sub.Sec. de Med. Ambiente), la privada (CUORE) y los SCOUTS de Mar del Plata

El p

Además de haber entrevistado a casi toda persona a quien vale la pena entrevistar, de recorrer el mundo a diestra y siniestra y de ser alcalde de la revista "Barrio Jalouín", Christian Kupchik (Buenos Aires, 1954; sueco por adopción y voluntad) se dedica también a la construcción de estructuras narrativas que no respetan ni el tiempo ni el espacio, pero que –según el autor amparadas en las sombras tutelares de Auster, Gombrowicz y Dick– siempre terminan contando una buena historia. Aquí van dos.

Por Christian Kupchik

Renacimiento (programa)

Connecting to host system
Please LOGIN
: login 2004, 001987
PASSWORD:
: run comb. pas
Bienvenido a WORLD OF COMBINATION.
¿Necesita instrucciones?
: Sí

Soy un programa hecho en el Tampico Bay Institute of Technology. Estoy alimentado con una gran cantidad de datos computarizados por el método Kreutz/Forlan 5000. Mi especialidad: información biomotora de humanos o humanoides que hayan contribuido al desarrollo tecnológico. Estoy equipado con una sintaxis simple y un vocabulario de un millar punto siete fonemas que me permite escribir pequeñas historias. Puedes darme veinte palabras (sustantivos) elegidas al azar y entonces consultaré con mi banco de datos para ver si es factible construir con ellas una historia que se ajuste a tus deseos. Escribe tus palabras.

: oro, vino, vocales, huevo, hongo, acero, espejo, papel, nube, joya, cenizas, rompecabezas, moneda

Aquí está mi historia.
Johann nació. Año 1397.

Johann tiene abuelos maternos. Los abuelos maternos poseen una granja. La granja tiene un lagar. Johann no olvida el lagar.

Johann tiene una madre. La madre tiene un huevo de madera. El huevo es hueco. El huevo puede desmontarse. La madre tiene caramelos en el huevo. La madre le enseña a desmontarlo. Johann toma un caramelo. Johann no olvida el huevo.

Johann tiene un tío. El tío le obsequia un rompecabezas. Las piezas son cuadradas y triangulares. El rompecabezas representa distintas figuras. El rompecabezas permite utilizar las mismas piezas para construir distintas figuras. Johann crea figuras animales y humanas. Johann utiliza siempre las mismas piezas. Johann no olvida el rompecabezas. Johann tiene un padre. El padre trabaja en el taller de la moneda. La moneda tiene imágenes. Las imágenes están selladas. El padre le regala a Johann una moneda. Johann no olvida la moneda.

Johann crece. Johann debe tener un trabajo. Johann recuerda al padre. Johann recuerda la moneda. Johann trabaja como orfebre. Johann aprende a tratar los metales suaves. Johann trabaja mucho. Johann es muy hábil.

Johann trabaja con otras cosas. Johann hace espejos de mano. Johann mira a menudo su rostro en el espejo. Johann piensa. Johann pule piedras preciosas. Johann aprende a hacer hermosas joyas. Las joyas tienen muchos ángulos. Johann no olvida las piezas de orfebrería. Johann no olvida los espejos. Johann no olvida las joyas.

Johann vive un tiempo difícil. Un tiempo cruzado por la peste negra. Muchos escribientes han muerto. Los hombres quieren libros. Los escribientes cobran mucho dinero. Los hombres necesitan libros. Deben tener libros. Los libros son caros.

Johann vive su tiempo. Johann conoce el papel. Johann conoce la tinta. Johann conoce el lenguaje. El lenguaje no tiene muchos signos. El lenguaje tiene veintitrés letras. Johann intenta con un bloque de madera. El bloque imprime una página entera con letras. El bloque de madera se gasta rápidamente. El bloque de madera imprime sólo de un lado. El bloque de madera no puede corregirse. Johann recuerda el espejo. Johann piensa. Johann tiene fe en sí mismo. Johann recuerda las piedras preciosas. Johann piensa en distintos ángulos. Johann trabaja mucho para perfeccionarse. Johann tiene un problema. Las letras deben poder cambiar de sitio. Las páginas de un libro deben poder ser corregidas. Johann recuerda a su tío. Johann recuerda el rompecabezas. Las letras tienen que estar sueltas.

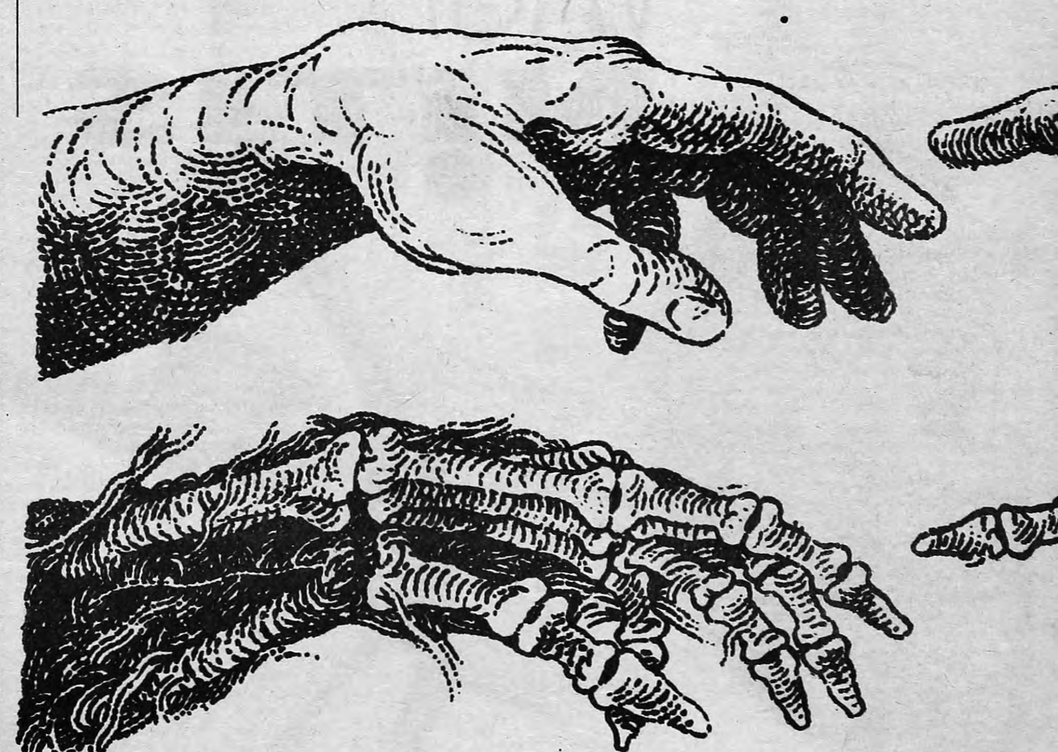
Johann tiene un problema. Johann debe hacer tipos de letras. Johann recuerda las monedas. Johann recuerda las piezas de orfebrería. Johann recuerda los metales suaves. Johann hace un martillo de acero. El martillo de acero tiene letras en su extremo. Johann golpea el martillo de acero contra chapas de cobre. Las chapas de cobre resultarán las matrices de las letras. Johann hace una combinación de metales. Combina plomo y estaño. La combinación de metales debe verterse en un molde. En el fondo están las matrices de cobre.

Johann tiene un problema. Johann debe romper el molde. Johann recuerda el huevo de madera. Johann hace un molde. El molde se compone de tres partes. El molde puede desarmarse. El molde puede utilizarse muchas veces. Johann puede hacer muchos tipos de letras. Johann derrama la combinación de estaño en los moldes. Las matrices se hallan en el fondo. Johann obtiene distintos tipos de letras. Todas las letras tienen la misma medida. Johann puede obtener letras intercambiables. Las letras no se desgastan. Las letras pueden utilizarse muchas veces. Johann coloca las letras unidas. Johann desparrama tinta sobre las letras.

Johann tiene un problema. Johann debe imprimir las letras en el papel. Johann piensa. Johann recuerda los abuelos maternos. Johann recuerda el lagar. Johann hace una prensa. La prensa se asemeja al lagar. La prensa imprime ordenadamente las letras sobre el papel. Johann puede imprimir muchos libros en poco tiempo.

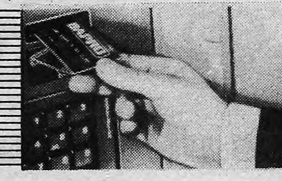
Johann envejece. Johann muere. La prensa se hace conocida. Europa tiene imprentas. Los libros se imprimen con rapidez. Los libros se multiplican. Los libros se abaratan. La ciencia se expande. Los conocimientos están al alcance de todos. Los hombres leen. Los hombres preven nuevos acontecimientos. Los hombres crean una nueva era. La nueva era se llama Renacimiento.

Palabras sin utilizar: hongo... nube... cenizas.



LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO.

PAGO AUTOMATICO DE SERVICIOS



BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVES DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRONICA PERSONAL BAPRO.









Además de haber entrevistado a casi toda persona a quien vale la pena entrevistar, de recorrer el mundo a diestra y siniestra y de ser alcalde de la revista "Barrio Jalouín", Christian Kupchik (Buenos Aires, 1954; sueco por adopción y voluntad) se dedica también a la construcción de estructuras narrativas que no respetan ni el tiempo ni el espacio, pero que –según el autor amparadas en las sombras tutelares de Auster, Gombrowicz y Dick– siempre terminan contando una buena historia. Aquí van dos.

El principio y el fin

Por Christian Kupchik

Renacimiento (programa)

Connecting to host system
Please LOGIN
: login 2004, 001987
PASSWORD:
: run comb. pas
Bienvenido a WORLD OF COMBINATION.
¿Necesita instrucciones?
: Sí

Soy un programa hecho en el Tampico Bay Institute of Technology. Estoy alimentado con una gran cantidad de datos computarizados por el método Kreutz/Forlan 5000. Mi especialidad: información biomotora de humanos o humanoides que hayan contribuido al desarrollo tecnológico. Estoy equipado con una sintaxis simple y un vocabulario de un millar punto siete fonemas que me permite escribir pequeñas historias. Puedes darme veinte palabras (sustantivos) elegidas al azar y entonces consultaré con mi banco de datos para ver si es factible construir con ellas una historia que se ajuste a tus deseos. Escribe tus palabras.

: oro, vino, vocales, huevo, hongo, acero, espejo, papel, nube, joya, cenizas, rompecabezas, moneda

Aquí está mi historia.

Johann nació. Año 1397.

Johann tiene abuelos maternos. Los abuelos maternos poseen una granja. La granja tiene un lagar. Johann no olvida el lagar.

Johann tiene una madre. La madre tiene un huevo de madera. El huevo es hueco. El huevo puede desmontarse. La madre tiene caramelos en el huevo. La madre le enseña a desmontarlo. Johann toma un caramelo. Johann no olvida el huevo.

Johann tiene un tío. El tío le obsequia un rompecabezas. Las piezas son cuadradas y triangulares. El rompecabezas representa distintas figuras. El rompecabezas permite utilizar las mismas piezas para construir distintas figuras. Johann crea figuras animales y humanas. Johann utiliza siempre las mismas piezas. Johann no olvida el rompecabezas.Johann tiene un padre. El padre trabaja en el taller de la moneda. La moneda tiene imágenes. Las imágenes están selladas. El padre le regala a Johann una moneda. Johann no olvida la moneda.

Johann crece. Johann debe tener un trabajo. Johann recuerda al padre. Johann recuerda la moneda. Johann trabaja como orfebre. Johann aprende a tratar los metales suaves. Johann trabaja mucho. Johann es muy hábil.

Johann trabaja con otras cosas. Johann hace espejos de mano. Johann mira a menudo su rostro en el espejo. Johann piensa. Johann pule piedras preciosas. Johann aprende a hacer hermosas joyas. Las joyas tienen muchos ángulos. Johann no olvida las piezas de orfebrería. Johann no olvida los espejos. Johann no olvida las joyas.

Johann vive un tiempo difícil. Un tiempo cruzado por la peste negra. Muchos escribientes han muerto. Los hombres quieren libros. Los escribientes mucho dinero. Los hombres necesitan libros. Deben tener libros. Los libros son caros.

Johann vive su tiempo. Johann conoce el papel. Johann conoce la tinta. Johann conoce el lenguaje. El lenguaje no tiene muchos signos. El lenguaje tiene veintitrés letras. Johann intenta con un bloque de madera. El bloque imprime una página entera con letras. El bloque de madera se gasta rápidamente. El bloque de madera imprime sólo de un lado. El bloque de madera no puede corregirse. Johann recuerda el espejo. Johann piensa. Johann tiene fe en sí mismo. Johann recuerda las piedras preciosas. Johann piensa en distintos ángulos. Johann trabaja mucho para perfeccionarse. Johann tiene un problema. Las letras deben poder cambiar de sitio. Las páginas de un libro deben poder ser corregidas. Johann recuerda a su tío. Johann recuerda el rompecabezas. Las letras tienen que estar sueltas.

Johann tiene un problema. Johann debe hacer tipos de letras. Johann recuerda las monedas. Johann recuerda las piezas de orfebrería. Johann recuerda los metales suaves. Johann hace un martillo de acero. El martillo de acero tiene letras en su extremo. Johann golpea el martillo de acero contra chapas de cobre. Las chapas de cobre resultarán las matrices de las letras. Johann hace una combinación de metales. Combina plomo y estaño. La combinación de metales debe verterse en un molde. En el fondo están las matrices de cobre.

Johann tiene un problema. Johann debe romper el molde. Johann recuerda el huevo de madera. Johann hace un molde. El molde se compone de tres partes. El molde puede desarmarse. El molde puede utilizarse muchas veces. Johann puede hacer muchos tipos de letras. Johann derrama la combinación de estaño en los moldes. Las matrices se hallan en el fondo. Johann obtiene distintos tipos de letras. Todas las letras tienen la misma medida. Johann puede obtener letras intercambiables. Las letras no se desgastan. Las letras pueden utilizarse muchas veces. Johann coloca las letras unidas. Johann desparrama tinta sobre las letras.

Johann tiene un problema. Johann debe imprimir las letras en el papel. Johann piensa. Johann recuerda los abuelos maternos. Johann recuerda el lagar. Johann hace una prensa. La prensa se asemeja al lagar. La prensa imprime ordenadamente las letras sobre el papel. Johann puede imprimir muchos libros en poco tiempo.

Johann envejece. Johann muere. La prensa se hace conocida. Europa tiene imprentas. Los libros se imprimen con rapidez. Los libros se multiplican. Los libros se abaratan. La ciencia se expande. Los conocimientos están al alcance de todos. Los hombres leen. Los hombres preven nuevos acontecimientos. Los hombres crean una nueva era. La nueva era se llama Renacimiento.

Palabras sin utilizar: hongo... nube... cenizas.

The End

Por aquel entonces todavía brillaba el sol y apenas me dolía un diente. Al comienzo, sólo uno. Conseguía localizar el dolor orientando tres dedos (el índice, el pulgar y el medio unidos por sus extremos) hasta aquel punto latente. Inspiraba con profundidad. Al hacerlo, algunos rayos emergían desde la punta de los dedos, atravesaban la piel de los maxilares y la carne de las encías, hasta llegar al punto exacto. Luego de algunos minutos, espiraba. Podía sentir los músculos soltarse, piernas y brazos se distendían, y mi cabeza se enfundaba en un halo de tibieza al ser acariciada por los rayos solares.

Ahora está oscuro, y los dientes, como confabulados por un legendario secreto, duelen todos a la vez. Un enorme animal herido se pasea, sangrante y gimiendo, dentro de mi boca. Inútil llevar continuamente las manos a la cara. Inspirar. Espirar. Nada sucede.

Antes –aun antes–, fueron los piojos. Casi instintivamente, lograba percibir algunos movimientos entre mis cabellos. Pero en aquel entonces vagaban tantos pensamientos nuevos e incontrolables por mi cabeza que no alcanzaba a distinguirlos de aquellos otros desplazamientos externos, enigmáticos. Así llegó el día en que alguien depositó su mano temblorosa en mis cabellos y pude sentir de pronto súbitas corridas y atropellos, toda una actividad febril que dominaba mi cabeza al punto de transformarla en un volcán segundos antes de hacer erupción. Todavía, aunque cada vez en forma más débil, el sol presentaba testimonio ante un cielo que se ennegrecía lenta pero decididamente. Ese mismo alguien extrajo entonces hacia la luz, jugueteando entre las uñas sucias, aquella cosa redonda, blanca y pequeña, que se contorneaba con la furia de un funambulista ciego bajo el calor. A partir de allí, aprendí a separar esa ebullición animal de la otra, la que provenía de oscuros rincones del cerebro. En ocasiones, los diminutos invasores descendían por mi cuello procurando las superficies capilares del pecho, de los brazos o el sexo. Cuando no me dolían los dientes y cuando había sol, me divertía apresándolos yo también con las uñas. Luego de mirarlos con fijeza durante un instante, los arrojaba a un oxidado tarro de duraznos que guardaba aguas viejas. Los que tenían mayor suerte eran llevados por el viento. Los demás, se reproducían salvajemente sin que nada pudiese hacer por detenerlos.

Un poco antes, no sé, quizá durante o después –en realidad no importa demasiado–, un día, en fin, aparecieron las bolas. Primero se dejaron ver entre los dedos de las manos, diminutas y rosadas. Producían cierta picazón y, si se las presionaba con fuerza, liberaban un líquido espeso y abundante que no cesaba de correr. Desde aquellas bases iniciales en medio de las falanges, fueron escalando con calma y perseverancia por los brazos hasta llegar al pescuezo, en donde se bifurcaron en dos caminos: un grupo siguió su ascenso hacia el rostro, en tanto que el otro descendió por las piernas, alcanzó los tobillos y se detuvo en la planta de los pies ante la imposibilidad de brotar en la tierra. A medida que se producía el avance, crecían con más y más fuerza, y picaban con mayor intensidad. Mis uñas, ya considerables, laceraban la frágil piel rosada que las protegía, hasta reducir las bolas a heridas húmedas y liláceas, como si de lagunas lunares se tratase. En un principio, el sol lograba secarlas y cicatrizarlas. Ahora, que no está, ya nada las detiene.

Es preciso también hablar de los otros. Y de la casa. Yo me encontraba tan absorto con lo que acontecía en mi propio cuerpo que ya nada de lo que me rodeaba me parecía suficientemente real. La casa, los otros. Cuando percibí que también ellos existían –y eran muchos, doce, trece conmigo–, mi cuerpo ya estaba totalmente tomado. Temí que me expulsasen. Carecíamos de luz eléctrica, el sol se había marchado hacía algún tiempo, los días eran cortos y oscuros, dormíamos mucho, y cuando encendíamos esas velas largas que acostumbrábamos robar de las iglesias, la llama no era suficiente como para reconocernos los unos a los otros. Hacía mucho tiempo que no nos mirábamos a los ojos. Hace tan sólo una semana atrás, nos vimos obligados –a causa del frío– a quemar los muebles de la planta superior.Las llamas enormes duraron algunas horas. Creo que movido por la esperanza de que la luz y el calor pudiesen amortiguar el dolor y secar las heridas, me aproximé lentamente al fuego. Extendí las manos y, no sin temor, advertí otros doce pares junto a las mías. Sí, aquellos doce pares de manos también se encontraban surcados por ese paisaje infernal, húmedo y liláceo. Todos volvimos el rostro al mismo tiempo. Nadie gritó. Me hubiese gustado poder mirarlos al fondo de los ojos y encontrar en ellos cosas tales como compasión, paciencia, tolerancia, quizás amistad, quién sabe amor. En verdad, no sé si no estaré ciego. Las heridas en torno de mis ojos, las cejas y las pestañas, hierven de piojos.

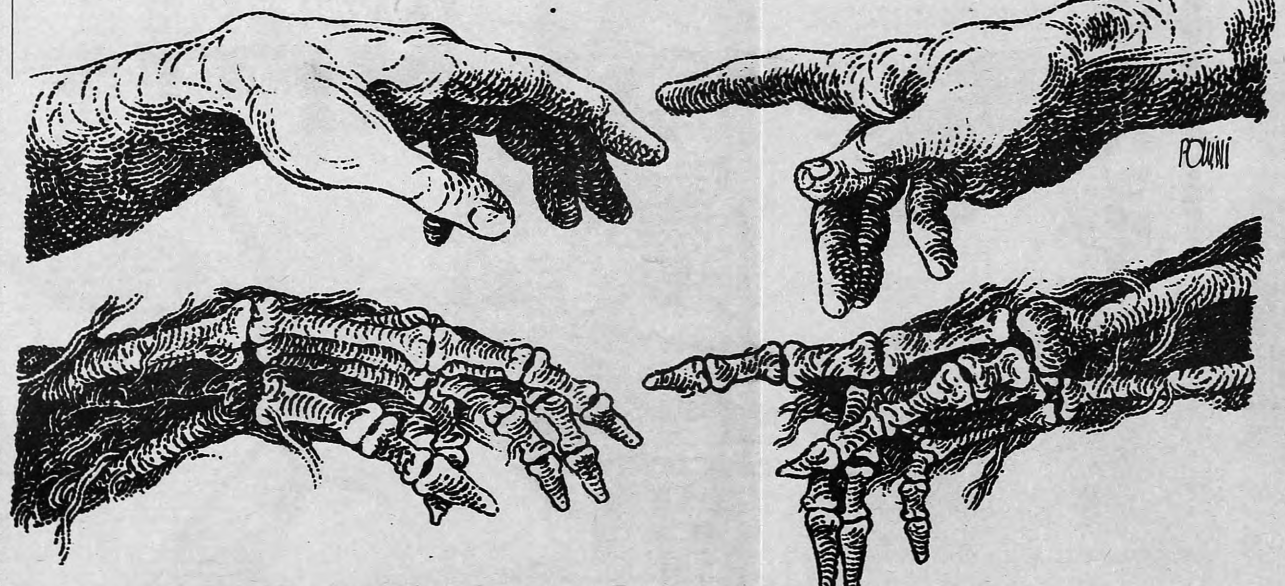
Debido a los dientes, el rostro se hinchó tanto que mis órganos visuales quedaron reducidos a dos líneas casi invisibles. Supongo que los ojos de ellos también estaban así. Supongo que también sus pensamientos se asemejaban a los míos, porque en cuanto la última madera estalló en el fuego, y éste se consumió al rato condenándonos nuevamente al frío y la oscuridad, nos fuimos aproximando con precaución los unos a los otros hasta dormirnos así, confundidos, revueltos. Creí escuchar algunos gemidos. Pensé si era verdad que aún sufríamos.

La noche siguiente quemamos todos los muebles de la planta intermedia. Las noches posteriores hicimos lo propio con el único piso que se mantenía a salvo. Como el frío no cesó, alimentamos el fuego con los empapelados, los marcos de las puertas y las puertas mismas, los objetos del baño, de la cocina, los tapetes, cuadros y ventanas. Llegó un punto en que necesitamos quemar también los libros y hasta nuestras propias ropas. Pude notar una convulsión en mi interior en el momento en que quemé aquella cinta azul. Me la había obsequiado la muchacha de la playa, hace siglos, como quien le entrega a un oso un panal. Mi mano se estremeció al lanzarla al fuego, negándose a aceptar que, después de todo, no era más que un insignificante trozo de tela azul. Sin embargo, sentí deseos de gritar y, de un modo automático, intenté asir la mano más próxima. Esta reculó con pánico hacia la penumbra, espantada por lo que seguramente presintió como el más repugnante de los reptiles. Entonces aseguré mi mano y me quedé así, sintiendo la lluvia espesa que brotaba de sus cráteres violetas.

Hoy es el día en que ya no tenemos nada más para quemar. Encontramos algunas cartas antiguas, amarillentas y quebradizas, escondidas bajo un zócalo. Alguna vez, pienso, habrán sido portadoras de felicidad o penuria, habrán revelado la consistencia del misterio, la fugacidad del recuerdo. La implacabilidad del olvido les hace cumplir con su ominoso destino: son ellas las que ahora arden. Miramos las llamas con dureza, pensando que cada una puede ser la última. Hace sólo un momento que una idea cruzó por mi mente, quizá por la mente de todos nosotros: al llegar el tiempo de esa llama agonizante, uno de los trece deberá ofrecerse al fuego. Al pensar en ello, he de reconocer, mi primera reacción fue el miedo. Luego encontré cierto placer en la idea: los piojos morirían quemados, las bolas reventarían con el calor, el fuego cicatrizaría todas las heridas. Los dientes ya no volverían a causar dolor. No nos hablaremos, no nos miraremos a los ojos. Simplemente, uno de nosotros realizará el primer movimiento, se entregará a las llamas que entibiarán a los otros doce por algunas horas. Se volverá ceniza, y luego le seguirá otro, y otro más. Como en un ritual. Como en aquellas rondas infantiles que formábamos cuando éramos niños, en las que ingresábamos, nos deteníamos rígidos en el centro para decir un bonito poema, luego saludar y salir, salir, salir del calor de las miradas para ver al otro ocupar el centro, y verlo salir. Pero ya no somos niños, y olvidamos todos los versos, todos los cantos.

Las cartas se siguen quemando. Intenté pensar en Dios, aunque sé que murió hace mucho tiempo. Tal vez desapareció con el sol, con el calor. Quizás el sol, el calor y Dios pudiesen volver de repente, en el momento exacto en que la última llama se deshace y alguien esboza el primer gesto. Pero no volvieron. Sería lindo y las cosas lindas ya no suceden. Apreté mi frente con los tres dedos unidos. Entonces traté de pensar que ya no estaba aquí. Y me dije: estuve allá, hace algún tiempo. Como si ya hubiese pasado. Pero no pasó; todavía estoy aquí. Tal vez dentro de poco llore o grite; quizá salga corriendo a la oscuridad. Nuestros cuerpos están muy próximos. Cambiamos piojos y bolas. Si nos besásemos, podríamos intercambiar también las grandes bestias sangrantes que se pasean por nuestras bocas.

Tal vez no llore ni salga corriendo. Tal vez, apenas aparte este recuerdo de brazos y piernas que enredan mis movimientos, haga el primer gesto en dirección al fuego. Ya falta poco, y lo sé.



LAS FORMAS TRADICIONALES DE PAGO ESTAN TECLEANDO.

PAGO AUTOMATICO DE SERVICIOS



BANCO PROVINCIA ES EL PRIMERO EN OFRECERLE EL PAGO DE LOS IMPUESTOS A TRAVES DEL SERVICIO DE BANCA ELECTRONICA PERSONAL BAPRO.









BANCO PROVINCIA
El Banco de la Provincia de Buenos Aires
CADA DIA MAS BANCO

LA RUTA 2
RUTA AL MAR

Tomando por ella hacia la costa atlántica, usted se beneficia con estos servicios:
POSTES SOS: Ubicados cada 10 Kms en zonas poco pobladas.
MOVILES DE SERVICIO: Equipados para atenderlo en mecánica ligera.
OPERATIVOS SOL y SOL SALUD: Dispuesto por la Gobernación para su seguridad.
RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad.
Además GUIA TURISTICA con
RUTACHECKS - HOJA DE RUTA
PROMOCIONES- SAMPLING DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un montón de sorpresas.
ENSANCHE DE RUTA
MANTENIMIENTO - TACHAS REFLECTIVAS - Para iniciar unas vacaciones seguras y confortables.
Todo se lo brinda
COVISUR

CN PRODUCCIONES

The End

Por aquel entonces todavía brillaba el sol y apenas me dolía un diente. Al comienzo, sólo uno. Conseguía localizar el dolor orientando tres dedos (el índice, el pulgar y el medio unidos por sus extremos) hasta aquel punto latente. Inspiraba con profundidad. Al hacerlo, algunos rayos emergían desde la punta de los dedos, atravesaban la piel de los maxilares y la carne de las encías, hasta llegar al punto exacto. Luego de algunos minutos, espiraba. Podía sentir los músculos soltarse, piernas y brazos se distendían, y mi cabeza se enfundaba en un halo de tibieza al ser acariciada por los rayos solares.

Ahora está oscuro, y los dientes, como confabulados por un legendario secreto, duelen todos a la vez. Un enorme animal herido se pasea, sangrante y gimiendo, dentro de mi boca. Inútil llevar continuamente las manos a la cara. Inspirar. Espirar. Nada sucede.

Antes –aun antes–, fueron los piojos. Casi instintivamente, lograba percibir algunos movimientos entre mis cabellos. Pero en aquel entonces vagaban tantos pensamientos nuevos e incontrolables por mi cabeza que no alcanzaba a distinguirlos de aquellos otros desplazamientos externos, enigmáticos. Así llegó el día en que alguien depositó su mano temblorosa en mis cabellos y pude sentir de pronto súbitas corridas y atropellos, toda una actividad febril que dominaba mi cabeza al punto de transformarla en un volcán segundos antes de hacer erupción. Todavía, aunque cada vez en forma más débil, el sol presentaba testimonio ante un cielo que se ennegrecía lenta pero decididamente. Ese mismo alguien extrajo entonces hacia la luz, jugueteando entre las uñas sucias, aquella cosa redonda, blanca y pequeña, que se contorneaba con la furia de un funambulista ciego bajo el calor. A partir de allí, aprendí a separar esa ebullición animal de la otra, la que provenía de oscuros rincones del cerebro. En ocasiones, los diminutos invasores descendían por mi cuello procurando las superficies capilares del pecho, de los brazos o el sexo. Cuando no me dolían los dientes y cuando había sol, me divertía apresándolos yo también con las uñas. Luego de mirarlos con fijeza durante un instante, los arrojaba a un oxidado tarro de duraznos que guardaba aguas viejas. Los que tenían mayor suerte eran llevados por el viento. Los demás, se reproducían salvajemente sin que nada pudiese hacer por detenerlos.

Principio Y el fin

Un poco antes, no sé, quizá durante o después –en realidad no importa demasiado–, un día, en fin, aparecieron las bolas. Primero se dejaron ver entre los dedos de las manos, diminutas y rosadas. Producían cierta picazón y, si se las presionaba con fuerza, liberaban un líquido espeso y abundante que no cesaba de correr. Desde aquellas bases iniciales en medio de las falanges, fueron escalando con calma y perseverancia por los brazos hasta llegar al pescuezo, en donde se bifurcaron en dos caminos: un grupo siguió su ascenso hacia el rostro, en tanto que el otro descendió por las piernas, alcanzó los tobillos y se detuvo en la planta de los pies ante la imposibilidad de brotar en la tierra. A medida que se producía el avance, crecían con más y más fuerza, y picaban con mayor intensidad. Mis uñas, ya considerables, laceraban la frágil piel rosada que las protegía, hasta reducir las bolas a heridas húmedas y liláceas, como si de lagunas lunares se tratase. En un principio, el sol lograba secarlas y cicatrizarlas. Ahora, que no está, ya nada las detiene.

Es preciso también hablar de los otros. Y de la casa. Yo me encontraba tan absorto con lo que acontecía en mi propio cuerpo que ya nada de lo que me rodeaba me parecía suficientemente real. La casa, los otros. Cuando percibí que también ellos existían –y eran muchos, doce, trece conmigo–, mi cuerpo ya estaba totalmente tomado. Temí que me expulsasen. Carecíamos de luz eléctrica, el sol se había marchado hacía algún tiempo, los días eran cortos y oscuros, dormíamos mucho, y cuando encendíamos esas velas largas que acostumbrábamos robar de las iglesias, la llama no era suficiente como para reconocernos los unos a los otros. Hacía mucho tiempo que no nos mirábamos a los ojos. Hace tan sólo una semana atrás, nos vimos obligados –a causa del frío– a quemar los muebles de la planta superior.Las llamas enormes duraron algunas horas. Creo que movido por la esperanza de que la luz y el calor pudiesen amortiguar el dolor y secar las heridas, me aproximé lentamente al fuego. Extendí las manos y, no sin temor, advertí otros doce pares junto a las mías. Sí, aquellos doce pares de manos también se encontraban surcados por ese paisaje infernal, húmedo y liláceo. Todos volvimos el rostro al mismo tiempo. Nadie gritó. Me hubiese gustado poder mirarlos al fondo de los ojos y encontrar en ellos cosas tales como compasión, paciencia, tolerancia, quizás amistad, quién sabe amor. En verdad, no sé si no estaré ciego. Las heridas en torno de mis ojos, las cejas y las pestañas, hierven de piojos.

Debido a los dientes, el rostro se hinchó tanto que mis órganos visuales quedaron reducidos a dos líneas casi invisibles. Supongo que los ojos de ellos también estaban así. Supongo que también sus pensamientos se asemejaban a los míos, porque en cuanto la última madera estalló en el fuego, y éste se consumió al rato condenándonos nuevamente al frío y la oscuridad, nos fuimos aproximando con precaución los unos a los otros hasta dormirnos así, confundidos, revueltos. Creí escuchar algunos gemidos. Pensé si era verdad que aún sufríamos.

La noche siguiente quemamos todos los muebles de la planta intermedia. Las noches posteriores hicimos lo propio con el único piso que se mantenía a salvo. Como el frío no cesó, alimentamos el fuego con los empapelados, los marcos de las puertas y las puertas mismas, los objetos del baño, de la cocina, los tapetes, cuadros y ventanas. Llegó un punto en que necesitamos quemar también los libros y hasta nuestras propias ropas. Pude notar una convulsión en mi interior en el momento en que quemé aquella cinta azul. Me la había obsequiado la muchacha de la playa, hace siglos, como quien le entrega a un oso un panal. Mi mano se estremeció al lanzarla al fuego, negándose a aceptar que, después de todo, no era más que un insignificante trozo de tela azul. Sin embargo, sentí deseos de gritar y, de un modo automático, intenté asir la mano más próxima. Esta reculó con pánico hacia la penumbra, espantada por lo que seguramente presintió como el más repugnante de los reptiles. Entonces aseguré mi mano y me quedé así, sintiendo la lluvia espesa que brotaba de sus cráteres violetas.

Hoy es el día en que ya no tenemos nada más para quemar. Encontramos algunas cartas antiguas, amarillentas y quebradizas, escondidas bajo un zócalo. Alguna vez, pienso, habrán sido portadoras de felicidad o penuria, habrán revelado la consistencia del misterio, la fugacidad del recuerdo. La implacabilidad del olvido les hace cumplir con su ominoso destino: son ellas las que ahora arden. Miramos las llamas con dureza, pensando que cada una puede ser la última. Hace sólo un momento que una idea cruzó por mi mente, quizá por la mente de todos nosotros: al llegar el tiempo de esa llama agonizante, uno de los trece deberá ofrecerse al fuego. Al pensar en ello, he de reconocer, mi primera reacción fue el miedo. Luego encontré cierto placer en la idea: los piojos morirían quemados, las bolas reventarían con el calor, el fuego cicatrizaría todas las heridas. Los dientes ya no volverían a causar dolor. No nos hablaremos, no nos miraremos a los ojos. Simplemente, uno de nosotros realizará el primer movimiento, se entregará a las llamas que entibiarán a los otros doce por algunas horas. Se volverá ceniza, y luego le seguirá otro, y otro más. Como en un ritual. Como en aquellas rondas infantiles que formábamos cuando éramos niños, en las que ingresábamos, nos deteníamos rígidos en el centro para decir un bonito poema, luego saludar y salir, salir, salir del calor de las miradas para ver al otro ocupar el centro, y verlo salir. Pero ya no somos niños, y olvidamos todos los versos, todos los cantos.

Las cartas se siguen quemando. Intenté pensar en Dios, aunque sé que murió hace mucho tiempo. Tal vez desapareció con el sol, con el calor. Quizás el sol, el calor y Dios pudiesen volver de repente, en el momento exacto en que la última llama se deshace y alguien esboza el primer gesto. Pero no volvieron. Sería lindo y las cosas lindas ya no suceden. Apreté mi frente con los tres dedos unidos. Entonces traté de pensar que ya no estaba aquí. Y me dije: estuve allá, hace algún tiempo. Como si ya hubiese pasado. Pero no pasó; todavía estoy aquí. Tal vez dentro de poco llore o grite; quizá salga corriendo a la oscuridad. Nuestros cuerpos están muy próximos. Cambiamos piojos y bolas. Si nos besásemos, podríamos intercambiar también las grandes bestias sangrantes que se pasean por nuestras bocas.

Tal vez no llore ni salga corriendo. Tal vez, apenas aparte este recuerdo de brazos y piernas que enredan mis movimientos, haga el primer gesto en dirección al fuego. Ya falta poco, y lo sé.

LA RUTA 2

RUTA AL MAR

Tomando por ella hacia la costa atlántica, usted se beneficia con estos servicios:
POSTES SOS: Ubicados cada 10 Kms en zonas poco pobladas.
MOVILES DE SERVICIO: Equipados para atenderlo en mecánica ligera.
OPERATIVOS SOL y SOL SALUD: Dispuesto por la Gobernación para su seguridad.
RED DE SERVICIOS COVISUR: Negocios donde comprar con tranquilidad.
Además GUIA TURISTICA con
RUTACHECKS - HOJA DE RUTA
PROMOCIONES - SAMPLING DE PRODUCTOS - Para que en su viaje reciba un montón de sorpresas.
ENSANCHE DE RUTA
MANTENIMIENTO - TACHAS REFLECTIVAS - Para iniciar unas vacaciones seguras y confortables.
Todo se lo brinda

COVISUR

CN PRODUCCIONES

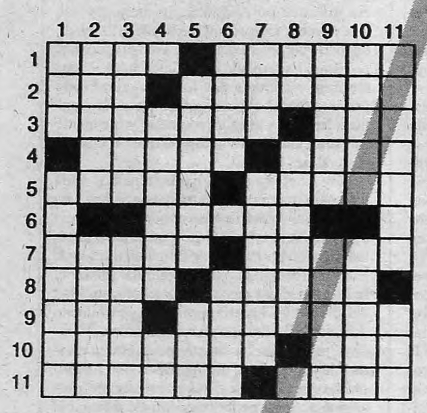
REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

JUeGOs

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Rostro, faz./ Oleajes.
2. Bobo./ Turco.
3. Angustia./ Período de treinta días.
4. Lado de una cosa opuesto al que se considera principal./ Deténgase.
5. Título de nobleza./ Prisma de ciertos aparatos fotográficos.
6. Permanecer en un lugar.
7. Abanico que se cuelga del techo./ Rae ligeramente una superficie.
8. Médano./ De la vida.
9. Cabeza de ganado./ Pusieras el veto a una medida.
10. Repetición./ Uno con ligaduras.
11. Se aplica al maíz que empieza a madurar./ Alabanza.

VERTICALES

1. Patada./ Local destinado a las caballerías.
2. Sobrenombre, mote./ Util (fem.).
3. Facultad por medio de la cual el hombre puede discurrir y juzgar./ Ave palmípeda.
4. Pone orden./ Cuarta nota musical.
5. Que sufre obsesión./ Sonido que produce el aire al salir de la laringe.
6. Que no es el mismo./ Orilla.
7. Elogia, alaba./ Vara pequeña.
8. Ante Meridiano./ Familiarmente, se aplica al que se apropia de ideas u obras ajenas.
9. Nunca./ Baile nocturno.
10. Mes del dios Jano./ Recipiente redondo en el que se sirve la comida.
11. Insulsez, tontería./ Hermana religiosa.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

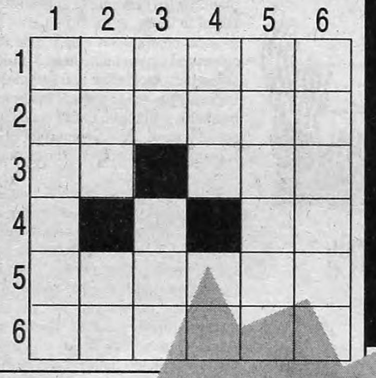
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES

1. Demencia
2. Anisen.
3. Am./Sea.
4. Ru.
5. Mátalo.
6. Esogen.

VERTICALES

1. Confín
2. Nao./la.
3. Ac./Lía.
4. Junta./Ga.
5. Abrevia.
6. Sonará.



ACADEMICO

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cinco B y cinco C.

1. Pedículo - **A:** El que corta los callos. **B:** Pedigüeño. **C:** Pedúnculo.
2. Pediluvio - **A:** Lluvia tenaz y persistente. **B:** Arroyo pequeño. **C:** Baños de pies.
3. Peer - **A:** Ventosear. **B:** Mudar el pelo. **C:** Reñir.
4. Pegujal - **A:** Hacienda. **B:** Lugar cubierto por cierto tipo de gramíneas. **C:** Manatí.
5. Pelaire - **A:** Vago,holgazán. **B:** Cardador. **C:** Muñeco de paja.
6. Quelicero - **A:** Hierba comestible. **B:** Pinza de los arácnidos. **C:** Insecto coleóptero.
7. Quiete - **A:** Barbarismo por "¿Quién es?". **B:** Recreo. **C:** Vago.
8. Quiltro - **A:** Gramínea alta. **B:** Líquido intestinal. **C:** Perro ladrador.
9. Quillotrar - **A:** Enamorar. **B:** Engañar. **C:** Canjear.
10. Quinqué - **A:** Especie de lámpara. **B:** Carro de dos asientos. **C:** Cardón.
11. Remolar - **A:** Carpintero que hace remos. **B:** Mostrarse holgazán. **C:** Vástago que echa el árbol.
12. Remoque - **A:** Vientecillo fresco. **B:** Frailecito, ave. **C:** Burla.
13. Remusgar - **A:** Cojear. **B:** Sospechar. **C:** Reprimir.
14. Repostada - **A:** Reestreno en un teatro. **B:** Acelerada. **C:** Respuesta áspera.
15. Rescaza - **A:** Reverberación. **B:** Escorpina,pez. **C:** Resfrío.

CALIFICACION

15 puntos: ....académico
11 a 14: ....maestro
6 a 10: ....bachiller
5 o menos: ....alumno

SOLUCIONES

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

LOCURA
INANES
MA ESA
I A UR
TALAMO
ELIGEN

ACADEMICO

1:C 2:C 3:A 4:A 5:B 6:B 7:B 8:C 9:A 10:A 11:A 12:C 13:B 14:C 15:B



PALABRAS CRUZADAS

JUEGOS DE MENTE
La Súper Revista de Pasatiempos
Aparición mensual

Este verano, Usted podrá disfrutar Mar del Plata con más Orden, Seguridad y Comodidad que nunca...

Porque el nuevo servicio de Estacionamiento Medido le ofrece mucho más que orden en el tránsito. Nuestro numeroso personal de venta de boletas, control y fiscalización, estará cordialmente a su disposición para brindarle cualquier información que Ud. necesite.

Y darle un servicio de SEGURIDAD EN LA VIA PUBLICA inédito en nuestro país. Pues -ante un intento de robo o emergencia- ellos están habilitados para comunicarse instantáneamente con la Policía, Centros de Salud, Bomberos, etc., mediante una red de 250 handies con 100 km. de alcance.

Orden, Seguridad, Comodidad. Para que Ud. y los suyos disfruten Mar del Plata mejor que nunca. Bienvenidos!.

